CARÁCTER VASCO

ESTUDIANDO el carácter vasco a través de la Historia, se nos ocurre preguntar: ¿es el vasco de carácter guerrero?

La sola enunciación de la pregunta levantará quizás olas de iracunda protesta, porque la leyenda enseñoreada de nuestro pasado se ha empeñado en presentar a la raza vasca como un pueblo de un pacifismo bonachón e inconsciente, un pueblo entregado a sus cantos y danzas tradicionales, sin ideales ni aspiraciones.

Ya lo dijo Voltaire: «Los vascos son un pueblo montado a caballo en los Pirineos, que pasan su vida cantando».

Cuando en 1876 nos fueron arrebatados violentamente los últimos vestigios de nuestra constitución foral, quienes al agravio pretendieron agregar el ultraje, usaban los llamados *cri-cris,* queriendo con ello establecer la semejanza del vasco con el grillo, esto es, que se pasa la vida cantando, y que en cantos se convierten sus protestas y reclamaciones.

¡Y acababa de terminarse una cruenta y fratricida guerra, en que al vasco le cupo desgraciadamente la parte más dura y penosa! Siendo esta guerra como un complemento o segunda parte de otra sangrienta que en idénticas condiciones asoló al país en el primer tercio del pasado siglo.

Pero todo ello no influye en el mantenimiento del cliché que contra viento y marea se intenta sostener, presentando al pueblo vasco sin energías ni vigor, sólo atento a sus *aurreskus* y *berso-berriak.*

No se conseguirá destruir esta leyenda ni con el recuerdo de las malhadadas luchas de bandos que fueron azote del país vasco en tiempos medioevales, ni con la vista de tantos escudos heráldicos que gra-

bados en piedra adornan las fachadas de las casas solariegas pregonando las hazañas guerreras de sus primitivos moradores, ni con la contemplación de los monumentos que se elevan en las plazas públicas de nuestros pueblos sustentando marciales figuras que mantienen enhiesto el desnudo acero, y que con evidente falta de realidad, parece como que pretenden ser los únicos tipos representativos de la raza.

Nosotros, separándonos en absoluto de la leyenda, creemos que la raza vasca es eminentemente guerrera; y la prueba principal de nuestro aserto la encontramos en la propia existencia de nuestro pueblo.

Sin esa condición marcial de la raza, hubiera tenido que desaparecer cien veces ante el choque violento de tantos pueblos, que, desde las águilas romanas hasta la cimitarra agarena, hicieron su presentación en los confines de nuestro territorio con alardes de conquistas.

Pero los vascos, dice Iturriza en su «Historia de Vizcaya», eran de gran ímpetu marcial y habituados a triunfar de todos los hombres, hechos a vencer el frío, hambre y calor, y que se mantenían con pan de bellotas y castañas después de secas molidas. Circunstancias que se separan un poco de la corriente leyenda bonachona y estéril, pero que se acercan más a la realidad. Y merced a tales facultades, supieron conservar a su pueblo a pesar de todas las acometidas de las sucesivas huestes invasoras.

«En todos aquellos tiempos, dice el citado Iturriza, no pudieron ser conquistados de tantas, tan poderosas y soberbias naciones, y todas ellas de necesidad hubieron de levantar la mano de obra, dejando a los vascongados en su nativa libertad como gentes bravas, fuertes y defensores acérrimos de su amada patria.»

Todo ello por supuesto sin ser guerreros, antes bien pacíficos bonachones con arreglo al consabido cliché.

Tiene interés la relación que con respecto a la perra romana hace el indicado historiador y en la que, confundiendo a los vascos con los cántabros, se expresa en los términos siguientes:

«Procuró Augusto César sacar a tierra llana a los Cántabros; preséntales batalla y se traba muy reñida. En ella, a costa de mucha sangre y peligros, venció la multitud e industria de los Romanos, según refiere Paulo Orocio en el capítulo 21 del libro VI; mas no se dió por vencido el valor de los Cántabros. Retirados a sus montes, y reforzados, no solamente se defendieron, sino que estuvieron largo tiempo

fatigando con frecuentes asaltos al ejército Romano, poniéndole cada día engran peligro, según refiere el citado autor en dicho capítulo 21, y frustrando con inimitable constancia los designios, industria y sagacidad de Octaviano Augusto. El cual en este aprieto se corrió con una gruesa armada, que hizo conducir del Golfo de Aquitania, como escriben Lucio Floro y Orosio; y acometió a un tiempo por mar y tierra. Pero ellos no sólo se defendieron valerosamente, sino que hicieron imponderables hostilidades en el ejército Romano. Fueron tantos y por tan largo tiempo los trabajos, cuidados y rubor del Emperador, que le resultaron peligrosas enfermedades durándole todo el resto de su vida; y viendo que sus peleas eran más con montes que con hombres, despechado en la ocasión más cruda por cuidar de su salud se retiró a Tarragona, dejando al cuidado de sus capitanes la continuación de la guerra, según escriben Dion y Suetonio en la vida de Angusto.

»No podrá graduar de hiperbólicas estas noticias, quien atentamente considerase todas las circunstancias: porque si bien los Romanos eran sin comparación superiores en multitud de gente, provisión de víveres, municiones y pertrechos de guerra, y en el concierto de pelear llevaban grandes ventajas a los Cantábros, tenían estos más ligereza, acostumbrados a andar en sus montes entre peñascos y rocas, como dice Tito Libio en el capítulo 18 del libro 22 de su Historia. Y también les era más fácil, ayudados de la velocidad de sus pies, y ningún peso de las armas, vencer a los Romanos oprimidos de ellos, y ejercitados solamente en manejar a pie quedo.

»Por otra parte, peleaban los vascongados en defensa de su patria y religión verdadera, en las que sus padres les habían instruído. Blasonaban de su antigüedad que es en los hombres venerable, en las Provincias y Ciudades una cosa sagrada, como dicen Conano y Plinio el menor, glorificábanse de amar a su *Jaungoikoa* con exclusión de las supersticiones gentílicas, estaban viendo cómo todas las demás Provincias de España vivían ya, inficionadas de la idolatría y costumbres romanas; y no querían exponerse al peligro de su contagio.»

Muchos más detalles pertinentes al mismo asunto podríamos reproducir del indicado historiador, pero creemos que lo transcrito es muy suficiente al objeto que nos proponemos, y que de modo irrefutable aparece ya el carácter guerrero de los vascos en las pasadas centurias.

Téngase además en cuenta que todas esas noticias cuidadosamente recogidas por los historiadores vascos proceden en su origen de los romanos, de los enemigos de nuestro pueblo en aquellas contiendas, y no es de suponer que fueran a exaltar en sentido favorable los caracteres de sus contrarios. No ocurre al menos así en nuestros días y no creemos fueran de mejor condición en épocas pretéritas.

Los vascos nada escribieron, se limitaron a realizar hechos que asombraron a sus adversarios, y esos hechos son precisamente los que con más fuerza influencian nuestro criterio en el sentido que venimos sustentando.

Por eso mismo hemos afirmado al principio, que el carácter guerrero de nuestro pueblo nos lo prueba la existencia misma al través de los tiempos.

Además, nos lo explican también las danzas que forman la expreión característica de nuestros regocijos populares. Las danzas más importantes son de carácter guerrero. El *ezpata-dantza,* el *makil-dantza* y sotro sinfin de números que constituyen los programas que aun en el día se verifican por las comparsas de *danzaris* son simbólica y representativamente marciales.

No gustaría ciertamente de tales espectáculos el pueblo vasco, si en el fondo de su ser no anidara un espíritu guerrero que se ha esteriorizado en épocas de sangrientas convulsiones.

Lo que no es el pueblo vasco es jactancioso, retador, matón; no, eso no. El vasco es tranquilo, sencillo, pacífico, no atenta a nadie y sólo recurre a sus grandes virtudes marciales de valor, ligereza, sobriedad, cuando trata de defender los ideales de la raza amenazados.

Esto ha venido realizando a través de la Historia, esto es lo que representa en sus bailes simbólicos y descriptivos; en estas condiciones debe de reconocerse el carácter del vasco, bien probado.

Fuera de estos casos, el vasco, es cierto, no puede menos de reconocerse que es pacífico por excelencia, y que acomodándonos a la frase de Voltaire sigue cantando en las crestas de los Pirineos, o como pretendían los mal aconsejados afrentadores de nuestro nombre harán lo que el grillo, llámenle como le quieran; el vasco se honra mucho de esa sencillez de sus regocijos populares, que se contraen a cantos y danzas, ejemplares por su bondad, atractivos por su sencillez.

Así es el vasco, pero no extendamos la leyenda al extremo de convertir a nuestro pueblo en un pueblo sin vigor ni energías para los momentos supremos en que es preciso defenderse con el propio sacrificio.

No altera, pues, el carácter vasco su condición de guerrero, antes bien lo completa y perfecciona. Amante de la paz, sencillo, tranquilo, hospitalario, sabe, sin embargo, tener energías en los trances amargos en que necesita desplegarlas.

L. ALONSÓTEGUI